

FLORES DEL CIELO

I

En una alegre salita del último piso de una casa de vecindad, toda ella ocupada por humildes familias de obreros, se hallaban una tarde dos muchachas, frescas y graciosas como la juventud. Una de ellas, sentada junto a su máquina de labor, iba recamando con sedas de vivos colores una magnífica banda; cerca de ella se veía una gran mesa de taller cubierta de ricas telas y de toda suerte de utensilios de costura. La joven interrumpió su labor, y, levantando la cabeza, quedóse absorta contemplando a su amiga María, quien, suspendiendo a su vez la lectura, puso el libro abierto sobre el alféizar de la ventana, y dijo con cierta impaciencia:

—No puedo comprender, mi querida Ana, qué interés tienes en escuchar estas largas lecturas. A mi juicio, sería más conveniente que yo aprovechara el tiempo de mi vacación para ayudarte un poco en tu tarea.

—Es que tú, amiga mía, repuso Ana, no puedes imaginar el bien que me hacen esas lecturas que elevan y tonifican mi espíritu. Considera que con esta vida que yo hago, ocupada todo el día en cosas de modas, vanidades y fruslerías, no dispongo de un momento para pensar en nada serio y útil, que alimente la inteligencia y llene el corazón; y que esto dura desde el día en que, muerto mi buen padre, me vi forzada a abandonar mis estudios para procurarme con urgencia el pan de cada día. Tú no sabes la violencia que tengo que hacerme para vivir de esta manera, tratando siempre de realizar los caprichos de mis insustanciales clientes. Si no fuera porque no debo ni quiero separarme de mi madre y de mi hermanita, entraría de mejor gana al servicio de alguna señora piadosa y discreta... Hé ahí por qué de cuándo en cuándo te pido la limosna de alguna lectura amena y confortante.

—¡Pobre Ana!—replicó María:—todos los estados y todas las profesiones tienen su lado alegre y su lado triste: sus rosas (y sus espinas. Si piensas que yo me paso nueve meses del año encerrada en un local anti-higiénico, con una atmósfera irrespirable y rodeada de unos cincuenta rapaces inquietos e insufribles, verás que no es oro todo lo que reluce en la carrera del magisterio, por ti tan estimada.

—Así será; no lo dudo; pero convendrás conmigo en que tu profesión persigue un noble ideal, en tanto que la mía no me permite levantar mis aspiraciones del polvo de la tierra: cuando yo me dedico a mis trabajos manuales, el alma permanece inerte, sin poder romper la cadena que sujeta su atención y su actividad a las pobres cosas materiales. Pero tú no me comprendes, y es mejor que dejemos esta cuestión; si esas lecturas, que son un bálsamo para mi espíritu, te cansan o te enojan, dejémoslas.

—No, Ana; eres tú la que no me comprendes, hasta el punto de mostrarte injusta conmigo, porque, sin duda, yo me he expresado mal; lo que quise decirte, simplemente, es esto. El que es capaz de moverse a impulsos de un ideal noble, puede hallarlo en cualquier ocupación, por modesta que sea. Mira, por ejemplo, esa espléndida estofa que tienes entre las manos, en la cual ves dibujadas tan hermosas flores: ¿quién te impide, mientras las contemplas, pensar en el ingenio del artista y la hermosura de aquellas otras flores naturales, obra de la mano de Dios, y a las cuales quieren imitar éstas? De esta manera, mientras bordas, tu mente puede elevarse hasta el cielo.

—¡Ay de mí!, no soy yo capaz de tan altas especulaciones, ni es esa la manera como se ha de levantar mi alma: yo pienso que no hemos nacido para soñar, sino para obrar el bien. ¡Ah! si yo pudiera hacer algo verdaderamente grande y bueno...

Unos golpecitos dados en la puerta de la estancia interrumpieron la conversación de las dos amigas. Una

mujer joven y de lindo rostro, pobremente ataviada, apareció en el umbral, y dirigiéndose a la modista, le dijo :

—Querida Ana : me veo en la necesidad de ir a la fábrica. ¿ Tendría usted la bondad de cuidar de mis pequeños hasta que yo vuelva ? Espero que no tendré que volver a molestar a usted, porque mañana vendrá una hermana mía.

Apresuróse a contestar María diciendo :

—Vaya usted tranquila, mi buena Lucía, que nosotras nos encargaremos de sus chiquitines; yo los quieró mucho, porque son de los mejorcitos que tengo en la clase.

—Muchas gracias, señorita ; es usted muy bondadosa.

La mujer salió, dejando encomendados a las dos amigas sus tres niños, que, un poco turbados, corrieron a esconderse bajo la mesa, y a poco comenzaron con gran alboroto sus juegos.

María intentó hacerles callar, temiendo que molestasen a su amiga, ; pero ésta le dijo :

—Déjales, querida ; están aquí como en su casa.

—Verdaderamente, es un gran servicio el que prestas a la pobre Lucía.

—¡ Un servicio tan fácil de hacer ! La pobre tiene una carga inmensa sobre sus hombros. Todo el día trabajando en su oficio ; y cuando vuelve a casa, extenuada de fatiga, a comenzar los inacabables negocios domésticos. Recuerdo un día, yo no la conocía entonces ; sentí gritos en la escalera, y salí a preguntar qué pasaba ; era que esta pobre Adelita, sin quererlo, había volcado la cuna de su hermano pequeño, al intentar arrullarlo. Yo me quedé a su lado, y desde entonces, siempre que la madre se va, me deja sus pequeños. De otro modo no podría tener un momento de reposo.

—La verdad es que los asilos destinados a la infancia son una obra admirable de la caridad, porque no todas las madres tienen la suerte de encontrar una amiga como tú.

—Ni todas pueden hacer lo que yo hago, aun deseándolo mucho ; porque no todos los oficios consisten como el mío, en coser o bordar ; hay quien tiene que estudiar, escribir, dar clase.

María escuchaba con deleite a su amiga, porque sus palabras le confirmaban más y más en el alto concepto que de ello tenía formado.

Un extraño rumor, como de persona que subiera asustada y jadeante, atrajo la atención de las jóvenes hacia la escalera. Abrió María la puerta, e inmediatamente se precipitó en el cuartito Lucía exclamando :

—¡ Válgame Dios, qué desgracia más grande !

Ana y María rodeáronla ansiosas, mientras ella, dejándose caer sin fuerzas en una silla, continuó :

—Llegué a toda prisa a la fábrica y ocupé mi puesto, ansiosa de concluir pronto mi tarea. Detrás de mí iba una compañera de edad, la primera dactilógrafa que tenemos ; yo me había adelantado corriendo, y no me di cuenta de cómo la infeliz fue alcanzada por una correa de transmisión, y en menos que se cuenta la vi caer a mis pies bañada en sangre y con el semblante terriblemente desfigurado. Acudieron presurosos muchos operarios, que la transportaron en sus brazos al hospital, donde queda ahora, no sé si viva o muerta. . . ¡ Cuando pienso que esto mismo hubiera podido sucederme a mí, y que no hubiera vuelto a ver a mis pobres hijos ! . . .

Estos, saliendo de su escondite, asustados y llorosos, se arrojaron en brazos de la madre, que los estrechó con fuerza convulsiva. Esforzábese María en consolar y dar ánimo a la pobre mujer, mientras Ana, con más calma y siguiendo su instinto práctico, le preparaba una bebida refrigerante.

Lucía continuaba diciendo :

—¡ Si supieseis qué buena es la pobre Teresa ! Ella fue la que me procuró el cargo que desempeño, y por el que le estaré siempre agradecida. . . Y ahora, ¿ quién mirará por su madre paralítica, que a duras penas puede tenerse en pie ?

Y súbitamente, respondiendo a ese espíritu de caridad que con frecuencia lleva hasta el heroísmo a las almas sencillas, murmuró :

—¿ Pero yo qué hago ? Ahora mismo voy por ella para traérmela a casa, pues no es posible dejarla sola hasta que su hija cure, si tiene esta suerte.

—¿ Usted ?—preguntó Ana con asombro.—¿ Pero se ha olvidado de que tiene tres hijos que sostener ?

—¿ Usted ?—repitió María.

—¿ Por qué no ? Donde comen cuatro pueden comer cinco. La pobre Teresa hacía una vida tan retirada, que nadie sabe que existe ; y por consiguiente, no habrá alma que se acuerde de su madre, si yo no cumplo esta obligación. De manera que en este momento va a quedar arreglado este asunto.

Y antes que las muchachas pudieran oponerse a su generosa resolución, salió precipitadamente, como había venido.

—Gran caridad y gran sacrificio es éste —dijo la maestra ;—pero creo que quien mejor puede hacerlo, soy yo, puesto que mi habitación es grande y ventilada, y la pobre vieja estará muy bien en ella, sin que a mí me cause gran trastorno.

—Pero tú estás muy necesitada de descanso. Las vacaciones terminarán pronto, y es preciso que aproveches estos pocos días que tienes para reponer tus fuerzas, cuidando de tu salud y tranquilidad, en vez de consagrarte al servicio de ningún enfermo.

—Puede que tengas razón, Ana ; pero la que yo invoco es más poderosa ; y esto te probará que ninguno está libre del yugo de los deberes y de las penas.

Ana ahogó un suspiro, y tornó a coger su labor, mientras los niños, olvidando el susto pasado, volvían a sus juegos.

María se dirigió a la puerta diciendo :

—Voy en busca de Lucía : seguramente tendrá necesidad de mí.

—Véte, amiga mía, y el Señor, que ve tus generosos intentos, te ayude a ponerlos por obra.

II

En las primeras horas del día siguiente, María llevó a su compañera la siguiente noticia : Sor Benedicta, superiora del hospital, le había dicho que para salvar a Teresa sería preciso injertarle un gran trozo de piel humana en la cabeza. Dos veces, había dicho la Madre, he podido prestarme yo misma para hacer este servicio a mis prójimos ; pero el médico dice que ya tengo muchos años para exponerme a este peligro. Mi deseo es publicar en los diarios el anuncio del caso, a ver si se presenta alguna alma caritativa dispuesta a llevar a cabo esta buena acción.

—Yo creo—dijo Ana—que si se ofreciese una recompensa, no sería imposible hallar alguna persona sana y valiente que quisiera ganarla de este modo. Desgraciadamente mis ahorros están muy mermados ; si mis clientes morosos quisieran pagar sus cuentas, aún me sería posible ofrecer un centenar de pesetas para tan piadoso fin.

—Me has inspirado una gran idea, Ana. Voy corriendo a la fábrica donde ha ocurrido la desdicha, y muy duro de corazón ha de ser el propietario si no cede a mis ruegos, prestándose a hacer este favor a su dependiente, víctima de tan grave infortunio. Dicen que es hombre generoso, y estoy segura de que dará el dinero sin hacerse rogar. De todos modos, yo no vuelvo hasta que haya conseguido mi propósito. Adiós.

Al caer de la tarde, María volvió al taller de su amiga, y mostrándola con aire triunfal una hoja de papel, le dijo :

—Escúcha el aviso que aparecerá mañana en todos los periódicos : “ Un alma piadosa promete cuatrocientas pesetas como premio a la persona que ofrezca un pedazo de su propia piel para hacer una operación a una desgraciada obrera, víctima de un terrible accidente. Se reciben las ofertas en el hospital general.”

—¿Qué te parece? Yo estoy contentísima. La Superiora cree que la cosa será fácil y que la infeliz Teresa se salvará.

Ana contempló a su amiga con satisfacción no exenta de noble envidia.

—Has hecho una buena obra, María. Es como si tú hubieses dado el dinero: no tendrías más mérito del que ahora tienes.

—No hay que hablar de mérito, porque cuando alguno tuviera, estaría pagado con creces solamente con el gozo inmenso que me causó el ver mi demanda favorablemente despachada por el patrono.

—Siempre podrás decir que has salvado la vida de esa desgraciada.

—¿Yo? ¿No serán más bien el médico que la cure y la persona que preste su piel? —preguntó riendo María.

Era verdaderamente feliz, en tanto que Ana se sentía invadida de una profunda tristeza.

Su oficio era su único medio de vivir y de sostener a su madre y a su hermana pequeña; por lo tanto, érale imposible consagrar sus desvelos a otra cosa. ¡No podía pensar más que en sedas, cintas y flores!

III

Muchas cartas había recibido la Madre superiora del hospital, escritas por otras tantas personas que aspiraban a conseguir el premio prometido. Cuatrocientas pesetas son mucho dinero para que falte quien desee ganarlas, pensaba la buena religiosa, mientras iba leyendo todas aquellas misivas con gran piedad y compasión. ¡Cómo se veía en ellas el amarguísimo afán de la existencia!

Un joven obrero escribía: “He leído el anuncio de la recompensa ofrecida... Me hallo en gran necesidad, pues dentro de poco tiempo seré soldado, y como no podré dejar ningún recurso a mi padre enfermo, éste se verá en la necesidad de mendigar el sustento. Soy

sano y robusto, y espero que será aceptado el ofrecimiento que hago de mi piel para la consabida operación.”

Otro decía: “El cielo puso en mis manos el periódico con la noticia. Debo tres meses del alquiler de mi guardilla; mi mujer está enferma, tengo cuatro hijos pequeños, y no encuentro trabajo. Mi última esperanza consiste en conseguir la anunciada recompensa.”

Una mujer viuda, de veinte años y de fuerte complexión, se ofrecía, asegurando que la necesidad en que se hallaba no podía ser más extrema.

Una muchacha solicitaba el premio con el fin de que le sirviera de dote para contraer matrimonio, que sin esto habría de retrasarse indefinidamente.

Una señora angustiada escribía asegurando hallarse en situación desesperada, amenazada de verse muy pronto arrojada de su mísera vivienda y sin tener nadie a quien acudir en su desgracia, y concluía diciendo: “Mi marido, que es joven y fuerte, se ofrece para la operación.”

Oprimíasele el corazón a la religiosa con la lectura de estas cartas, considerando la amargura que destilaban y la horrible miseria que las había dictado. Por último cayó en sus manos una cartita perfumada y elegante, que abierta, mostró lo siguiente: “Mi respetable señora: hace diez años que me siento con vocación al estado religioso; he cumplido ya los veinte, y no veo llegar el día de mi ingreso en el noviciado. Mis padres, que son ricos, se obstinan en negarme su ayuda para conseguir mi deseo; pero si yo lograra ganar el premio de las cuatrocientas pesetas, creo que podría realizar mi sueño dorado, y que mis padres acabarían por conformarse. Le ruego encarecidamente que me ayude, y espero con ansia su respuesta favorable.” Al pie de estas líneas la Madre leyó el apellido de una de las familias más ricas y aristocráticas de la ciudad... De manera que en aquel espléndido palacio no habitaba la paz; una guerra larga, angustiosa, inflexible, ardía en

tre padre e hija : ¡ la riqueza no había suavizado las asperezas de la vida !

Sor Benedicta, muy conmovida, guardó la carta, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de conmiseración.

Y ahora, ¿ cómo podía ella discernir, entre tantos aspirantes, cuál debería ser el preferido ? El tiempo apremiaba, y no todos los solicitantes se contentaban con escribir, sino que se presentaban y pedían una respuesta pronta. Entre éstos llegó una muchacha fresca y jovial, que dijo :

—Señora : yo vengo a ofrecirme para la operación, porque hace ocho días que estoy desocupada y no hallo casa conveniente en qué entrar a prestar mis servicios. Soy fuerte, y no me importa esperar unas cuantas semanas la cicatrización de mis heridas ; entre tanto mi pobre madre puede, con las cuatrocientas pesetas que yo gane, pagar las muchas deudas que nos agobian.

—Eres una buena chica—contestó la Superiora ;—pero no sé si podré darte gusto ; se han presentado otras necesidades mayores que la tuya. No obstante, escribiré tu nombre en mi lista.

—Buenos días, señora—dijo entrando un hombre joven y de recio aspecto.—Vengo resuelto a ganarme las cuatrocientas pesetas. Mis hijos van creciendo y me veo falto de recursos para atender a sus estudios. Soy pintor, pero en esta época es muy difícil hallar trabajo en mi profesión, y he pensado que será una fortuna para mí ganar este premio por estar tres o cuatro semanas tranquilamente en una cama del hospital. ¿ Podré esperar ? . . .

—Escriba usted su nombre en este libro, y mañana resolveremos.

—¡ Ah ! yo habría preferido tener la respuesta ahora mismo.

—Vea usted que hay más personas que desean hablarme todavía—dijo la religiosa, indicando un mance-

bo rubio y hermoso, que esperaba con el sombrero en la mano.

—Estudio medicina, señora ; pero ahora están cerradas las clases, y como tengo grande interés en esto de las operaciones, me ha ocurrido la idea de hacer en mi propia persona el experimento de este caso de tanta importancia.

La Madre no pudo contener una sonrisa. Era el primero que no pensaba en la ganancia del dinero, y no ocultó la simpatía que le inspiraba. Escribió su nombre como los anteriores, y se retiró para dejar paso a una mujer, quien habló largo rato con la Superiora. Después de lo cual fue llamado el médico, y quedó hecho el contrato.

La mujer, que no era otra que nuestra conocida Lucía, había dicho aquella mañana a su vecina :

—Señorita Ana : espero de su mucha caridad que no abandone del todo a mis niños, aunque venga a encargarse de ellos mi hermana, porque apenas la conozco, y pienso que tendré que estar ausente de mi casa por unas semanas, puesto que debo ser quien preste su piel para la pobre Teresa.

—¿ Usted ?—exclamó en tono de reproche Ana—¿ Usted no sabe que su salud y su vida pertenecen a sus hijos ? ¿ Cómo ha podido pensar en exponerse a ese peligro ?

—He meditado mucho antes de tomar esta resolución, amigo mía. Con cuatrocientas pesetas puedo poner un taller de plancha, y trabajar permaneciendo en casa todo el día con mis pequeñuelos. Mi hermana es de mi misma opinión : ella quedará aquí y cuidará también a la madre de Teresa. En dos o tres semanas, con la ayuda de Dios, estaré de vuelta, y comenzaremos una vida más tranquila y desahogada.

—Sea como usted quiera. En cuanto a mí, haré todo lo que pueda para ayudar a su hermana en el cuidado de sus hijos y de la paralítica.

Lucía agradeció íntimamente el ofrecimiento, y salió. Una vez sola, Ana sintióse presa de profunda melancolía. "De modo, pensaba, que todos en el discurso de su vida tienen ocasión de hacer algo grande y magnífico; y solamente a mí se me niega esta merced..." Meditó un momento, y poniéndose impetuosamente en pie, exclamó:

—Sí, esta es la mejor solución: yo sufriré la operación, y Lucía cobrará su dinero.

Después escribió unas cuantas líneas en una hoja de papel, que colocó en sitio visible, y salió. En la escalera encontró a María, que le dijo amigablemente:

—¿A dónde vas? ¿Quieres que te acompañe?

Ana se sintió contrariada. ¿Debería dar cuenta a su amiga de su proyecto? ¿Y si aquélla lo reprobaba? De otro modo, ¿cómo podía, sin darle que sospechar, entretenerla hasta que llegara la hora de retirarse cada cual a su domicilio?

Pero María, dándose cuenta de la turbación de su compañera, le preguntó:

—¿Qué te pasa? Tú me ocultas algo.

—No, no te lo ocultaré. Voy al hospital a ofrecerme para la operación.

—¿Tú? ¿No sabes que es demasiado tarde? La Madre me ha dicho que ha sido aceptada Lucía.

—Eso no puede ser. La pobre mujer se sacrifica por sus hijos, pero no sé yo si estará ella en disposición de sufrir esa prueba. Si ha de continuar trabajando necesita conservar sus fuerzas; esto les diré yo al médico y a la Madre, y se convencerán de que debo ocupar su puesto.

—Tú dices bien, querida Ana, en cuanto al trabajo; pero considera también cuánta falta le hace el dinero que se propone ganar. Si tú se lo impides, le habrás quitado su más bella esperanza, y ella te mirará como a su enemiga.

—¿Luego tú piensas que yo pretendo quedarme con el dinero? No, María, el dinero será para ella solamente.

—¿Qué dices?... ¡Oh, qué grande y qué hermosa alma la tuya!

Y olvidando que se hallaba en lugar público, abrazó tiernamente a su amiga.

—Ahora tú me harás el favor de atender a mi casa y de animar a mi madre: no he querido decírselo, por no asustarla, y porque sé que la cosa no tiene importancia para un organismo fuerte como el mío.

María acompañó a su amiga al hospital; la Superiora, que conocía de tiempo atrás a la joven maestra, salió a recibirla afectuosamente, y al enterarse del deseo de Ana, su alma de religiosa sintióse fuertemente conmovida, y estrechando su mano, le dijo con dulzura:

—Haré cuanto pueda por complacerla, hija mía. Siéntese un momento, que el médico va a llegar, y quiero prevenirle y procurar que se incline a aceptar su ofrecimiento.

Después, saliendo a la antesala, Sor Benedicta refirió al doctor lo que ocurría: y éste, maravillado, exclamó:

—Pocas son las satisfacciones que se encuentran en una profesión como la mía; pero cuando nos hallamos en presencia de un hecho tan magnánimo como el presente, sería preciso tener un corazón de piedra para no admirarlo y bendecirlo. Si la chica está dotada de buena complexión, la preferiremos a todos.

Habiendo examinado detenidamente a la joven, dijo:

—Sana, pero demasiado fina: la prueba será muy dolorosa.

Ana rompió a llorar desconsoladamente. Se había encariñado con la idea del sacrificio, y temía que la desecharan por delicada.

El médico y la religiosa la miraban compadecidos, y María procuraba darle ánimo, aunque, inútilmente. Por fin, dirigiéndose al médico, le dijo:

—¿Y no podría arreglarse la cosa sufriendo ella la mitad de la operación y yo la otra mitad? La enferma recobraría del mismo modo la salud, y la pobre Lucía recibirá su dinero...

—Eso ya es distinto—repuso el doctor sonriendo: —en ese caso, manos a la obra.

Las dos muchachas se abrazaron en silencio, y habiendo colocado a Ana en un cómodo lecho para que reparase sus fuerzas, María salió con el fin de comunicar el caso a la madre de su amiga. La carta de Ana permanecía en el lugar en que ella la había dejado, y su hermana se ocupaba en las tareas de la cocina. En cuanto vio a María comenzó a hablarle del ofrecimiento de Lucía, y de la firme voluntad con que estaba resuelta a someterse a la dolorosa y peligrosa operación. Entonces la maestra hábilmente comenzó a ponderar la desgracia inmensa que sería si la madre que de aquel modo quería sacrificarse por sus hijos, llegaba a sucumbir en aquel trance; y poco a poco, y con gran tino, acabó por declarar a la niña la resolución que su hermanita Ana había tomado. La muchacha, conmovida y llorosa, apenas podía tenerse en pie, pensando en la dolorosa prueba a que había de ser sometida su generosa hermana. Pasaron luego a la alcoba donde la madre, por muchos años enferma, sufría con heroica resignación sus dolores; cuando María puso a la pobre anciana al corriente de lo que sucedía, ésta, después de una breve crisis de lágrimas, prorrumpió en estas santas exclamaciones:

—¡Hija mía amadísima!.. Yo doy gracias al cielo por que me ha dejado conocer la grandeza del alma de nuestra Ana. ¡Cuánto hubiera sentido que por temor de que nos faltara a nosotros lo preciso para la vida, ella hubiera renunciado a la gloria de una acción tan magnífica! ¡Cuán dura es para mí la idea de su sacrificio!.. Pero tú, María, le dirás que su madre lo aprueba, y que la bendice con todo su corazón, pidiendo a Dios que le recompense tan gran caridad en esta y en la otra vida.

María rogó a la madre y a la hija que no dejaran traslucir nada de aquel negocio a su vecina Lucía, y se fue sin decir una palabra de la parte que ella misma había de tomar en la nobilísima acción de Ana.

Al día siguiente, sobre las nueve, que era la hora convenida, se presentó Lucía en el hospital. Recibióla amablemente la Madre superiora, quien, presentándole cuatro billetes de cien pesetas cada uno, le dijo:

—Un momento, señora: antes de nada, debéis tomar vuestro dinero y firmar el presente recibo.

—De ninguna manera, Madre,—replicó sonrojándose Lucía:—yo no he ganado ese dinero todavía. Primero se ha de hacer la operación.

La Superiora reía bondadosamente, mientras repetía:

—Pronto, hija mía, pronto, que no tengo tiempo que perder.

Con mano insegura firmó Lucía el recibo y guardó en su bolsillo los billetes; pero se hallaba tan confusa por haber tomado aquel dinero que no le pertenecía, que no acertaba a hablar ni a moverse. Le parecía que acababa de cometer una mala acción.

Sor Benedicta le dijo cariñosamente:

—Ahora puede usted irse, hija mía, porque la operación está ya hecha y con un resultado admirable. Lleve usted ese dinero a sus hijos como un regalo que les hacen las señoritas Ana y María, que se han sacrificado en aras de la caridad para conservarles a ellos la vida y la salud de su madre, de la que tanto necesitan

—¡Oh Dios eterno! ¡Las señoritas han tomado mi lugar y se han hecho operar por mí!.. Y esto ¿cómo se paga? ¿Cómo se agradece? ¿No podría usted siquiera llevarme a su lado para que yo bese sus pies?

—Imposible por ahora: la operación se ha efectuado hará unas cuatro horas, y el médico ha prohibido que éntre nadie a verlas hasta que él lo disponga. Váyase usted tranquila y diga a la madre y a la hermana



de Ana que todo ha resultado maravillosamente. Yo me encargo de transmitir a sus buenas amigas el testimonio de la gratitud que usted les demuestra.

Apenas se despidió Lucía, mientras la Madre guardaba el recibo por aquélla firmado, recibió la noticia de que por fin había sido reconocida y pagada una deuda considerable, que de años atrás existía a favor de los padres de la religiosa; y como al presente ella era la única heredera superviviente, suya había de ser aquella cantidad, que para nada necesitaba y a la que hubiera de buena gana renunciado; pero, reflexionando un poco, se acordó de todas aquellas pobres gentes víctimas de la miseria, que habían solicitado con tanto anhelo el ser admitidas al sacrificio, a trueque de unas pocas pesetas con qué remediarse. Lucía había cobrado su dinero; pero ninguno de los otros recibió cosa alguna, a pesar de haber estado tan dispuestos como ella a sufrir la operación... ¿Por qué no distribuir aquel dinero que Dios ponía en manos de su sierva, entre aquéllos y otros desdichados, que eran muchedumbre en la población?

Y la buena religiosa, que no echaba nunca en saco roto las inspiraciones del cielo, acogió con júbilo la idea y la puso por obra. De este modo, el grave accidente, que pudo costar la vida a una infeliz obrera, fue causa de que muchos afligidos fuesen providencialmente consolados.

IV

La prensa refirió con grandes elogios la acción de Ana y de María: ellas permanecieron indiferentes porque sabían bien que el mundo alaba con facilidad, y con más facilidad olvida.

Ana estaba en su lecho siempre de buen humor. La hermana enfermera solía decir: "es la más alegre de nuestras enfermas."

Y así era en efecto: la joven modista parecía enteramente cambiada. La idea de que al fin había podido

realizar algunos de los nobles ideales de su corazón, le infundió un gozo inefable. Las dos heroicas muchachas ocupaban una misma sala. Ana hablaba con frecuencia de la felicidad con que esperaba ver a su madre, a su hermana, a Lucía, a los niños; y hasta su humilde taller, su máquina y sus labores, ahora que había podido comprobar cuánta verdad decía su amiga, cuando aseguraba que no hay profesión ni estado reñidos con los grandes hechos y con las excelsas virtudes.

—Créeme, amiga, que casi me avergüenzo de confesarlo; pero temo que cuando yo torne a mi casa y vea a Lucía feliz con sus hijitos, me parezca que tengo algún derecho a ser amada por ellos.

Y la maestra pensaba: "Cuando mi querida Ana salga del hospital, será otra mujer. La lucha interna que la acongojaba se habrá desvanecido, y se sentirá rehabilitada a sus propios ojos."

Fue un día de gran fiesta aquel en que las dos amigas salieron del hospital y se trasladaron a su casa; todos los inquilinos se habían juntado para recibir las demostraciones de honor y de simpatía. La puerta de entrada había sido adornada con guirnaldas de flores y verdura, y en ventanas y balcones lucían vistosas colgaduras y resonaban voces de júbilo, que repetían sin cesar: "¡Vivan! ¡Vivan las almas buenas, las piadosas, las valientes!"

Los niños de Lucía salieron a recibir las vestidas de blanco y llevando grandes ramos de flores, que les presentaban mientras cubrían de besos sus manos bienhechoras.

Las jóvenes se mantenían juntas, sonriendo a todos conmovidas, y a todos devolvían saludos y abrazos.

—Jamás olvidaremos—decía Lucía llorando de placer,—jamás olvidaremos ni yo ni mis hijos lo que por nosotros habéis hecho. Habéis sellado con sangre vuestra gran caridad: habéis salvado a nuestra amiga y

asegurado nuestro porvenir. ¡Quiera el cielo escuchar los votos que hacemos por vuestra felicidad, y darnos a nosotros los medios de manifestaros nuestra inmensa gratitud!—M.

(Del *Almanaque de la familia cristiana*)

BIBLIOGRAFIA COLOMBIANA

LECCIONES DE LÓGICA, dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, por *Julián Restrepo Hernández*—Segunda edición, corregida por el autor—Bogotá, Librería Americana, calle 14, números 107 a 111—Librería colombiana, calle 12, números 168 a 174—1914—Páginas XX y 401 en 8.º mayor.

Agotada la primera edición de la *Lógica* del doctor Restrepo Hernández, el autor ha publicado esta segunda, *corregida*—dice modestamente; *mejorada*, afirmamos nosotros, porque no cabe corrección donde no había error alguno.

El libro está consagrado “a María, Madre de Dios, sede de la sabiduría,” y dedicado al Ilustrísimo señor Arzobispo Primado de Bogotá, “como débil muestra de respeto y estimación.” Según los conceptos favorables sobre la obra, del mismo señor Arzobispo, de los canónigos doctores Joaquín Gómez Otero y Rafael María Carrasquilla, de los señores Joseph Louis Perrier, Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez.

A lectores de paladar estragado por la literatura periodística, parecerán aquellos dictámenes inferiores al mérito del libro. Consiste en que el crítico puede pagar su deuda de justicia en oro o en moneda de papel. Tenemos a la vista estos dos juicios de revistas francesas: “M. Bergson tiene indisputable talento filosófico. Aunque de la escuela pragmatista, ilumina con luz propia algunos de los más oscuros problemas metafísicos.” Elogio en oro. “Bergson es el mayor genio filosófico del mundo, después de Aristóteles y a par de Descartes.” Encomio en papel moneda.